

# Antonia



## Antonia Medina, una mirada hacia delante

A sus 78 años, Antonia evoca su historia con el semblante de una persona que ha surcado con templanza y arrojo todas las vicisitudes que le ha lanzado la rueda de la vida. Una mujer autodidacta que nunca ha 'tirado la toalla'. Su trayectoria emana sabiduría, tesón y mucha vitalidad. Desde estas líneas, nos sumergimos en la biografía de una mujer extraordinaria; la de una luchadora infatigable.

Su historia comienza en el municipio sevillano de Pilas. Oriunda de una familia dedicada a la agricultura, tuvo una infancia marcada por las restricciones, sin acceso a la educación y con escasos recursos. Su padre, apodado "**Calzones**", labraba la tierra para subsistir. En una familia de 10 hermanos, las tareas del hogar y del campo debían distribuirse entre todos los miembros, y a Antonia le asignaron muy pronto el papel de ayudante de su madre.

Conocida entre sus amistades como "**Antoñita Calzones**", nuestra protagonista heredó el apodo paterno para distinguirla de otra compañera de andanzas con la que compartía nombre. Sus primeros años estuvieron lastrados por un cúmulo de impedimentos. Su infancia estuvo dedicada a las tareas del hogar, a la vez que asistía en labores propias del campo, pero sin posibilidades de expandir sus horizontes. Una niñez plagada de múltiples obstáculos y en la que escaseaban las oportunidades. Su infancia fue una época de barreras y estrecheces, en la que no pudo cruzar las puertas de la educación.

Mientras los mayores acudían a realizar labores en el campo, a Antonia le designaron otro rol. La más pequeña entre sus hermanas, desde los seis o siete años, su función principal fue asistir a su progenitora en las tareas del hogar, colaborando para que su madre no realizara demasiados esfuerzos. Así, siendo muy joven, se afanaba lavando la ropa del campo, zurciendo prendas como pantalones o sábanas, planchando y cuidando del hogar y de la crianza de sus hermanos.

Con el paso de los años, cada vez fue dedicando más tiempo al campo. Junto a su madre y una cesta, recorrían las zonas colindantes de su hogar, una travesía de puerta en puerta vendiendo lo recolectado en las cosechas, ya fuesen pimientos, tomates, rábanos, lechugas, cebollas...

A los 14 entró como empleada en la fábrica Medina Garbey en Pilas, recolectando aceitunas. Una época en la que tenía un jornal de 24 pesetas que entregaba íntegramente a su madre. Tanto ella como sus hermanas apoyaban y colaboraban ofreciendo sus escasos recursos para poder suministrar bienes básicos como ropa o zapatos, un ejercicio de sororidad inquebrantable.



Más adelante, durante su juventud, Antonia desdeñaba la idea de tener novio. Había sufrido la pérdida de su madre a muy temprana edad y contaba con un padre bastante opresor, que la vigilaba constantemente. Un machismo subyacente siempre presente y con el que convivió durante su infancia y juventud, atenuaba sus ganas de salir.

Sin embargo, cosas del destino, en un viaje a Barcelona junto a su padre para conocer a la hija de su hermana, Antonia conoció al que sería su futuro marido. Un año después se casaban, para Antonio supuso una forma de salir de su destino. Tras la boda, se trasladó a vivir a Barcelona, donde vivió 33 años y tuvo tres hijos. En su primera etapa en la ciudad Condal, Antonia se dedicó a la crianza de su prole y a las tareas del hogar. La más joven de sus hijos padecía una enfermedad que requería muchos cuidados. Una situación que supuso mucho desgaste para Antonia y que la inundó también de mucho dolor y culpa. Finalmente, la pequeña falleció a los 10 años de edad. Una época de pérdidas, ya que su marido también había fallecido después de 10 años de matrimonio. Su muerte modificó la trayectoria de Antonia, que ante una situación económica muy compleja, comenzó a trabajar fuera del hogar y sin el apoyo de sus hijos.

Antonia se enfrentó sola a este convulso escenario, demostrando una tenacidad para atajar unas circunstancias muy adversas. Un episodio de su vida en el que sacó todas sus fuerzas, trabajando en tres lugares a la vez para poder salir adelante. La pensión era escasa, su economía limitada para hacer frente al alquiler de su hogar. Fue una época difícil, pero Antonia conserva el recuerdo de unas amistades que la apoyaron y asistieron. Relaciones forjadas a lo largo de los años, que facilitaron su incorporación al mercado laboral. Así, consiguió empleo en una mercería, un despacho de arquitectos y en la casa de una amiga. Y, una vez más, salió adelante.

Los problemas económicos en Barcelona, con un alquiler excesivamente costoso, dieron un nuevo vuelco a su vida. A su marido siempre le había gustado mucho Pílas y, muy a su pesar, habían adquirido una casa allí. No era lo que Antonia ansiaba en realidad. Pero tan resolutiva como siempre, y sin realmente querer regresar, volvió a comenzar, regresando a l jardín de su infancia. En Pílas está bien, pero su deseo sería residir en Barcelona; en esa ciudad que le brindó tantas luces y donde realmente se siente a gusto.



Ya han pasado más de 20 años desde que retornó a Pilas y no se ha terminado de acostumbrar, es una vida muy diferente a la que estaba acostumbrada. Antonia prefiere el ambiente de la ciudad, la libertad que se respira y también agradece mucho que en la urbe nadie se meta en la vida de los demás. A ella nunca le ha interesado lo que hagan o dejen de hacer los demás.

Los años van pasando, ella amoldándose a sus nuevas rutinas en Pilas. Mientras, sus hijos aún residen en Barcelona, ahora ya con sus propios hijos. Antonia guarda un recuerdo muy afectuoso de sus años en Barcelona. Una travesía intensa, pero que también le proporcionó un escenario nuevo y necesario, y un grupo de amigas imprescindibles.

¿Y cómo es la vida de Antonia ahora? Aunque vive sola, conserva ese empuje todo terreno tan característico. Mujer de una magnífica vitalidad, mantiene un círculo estrecho de amigas y amigos con los que queda asiduamente, y se mantiene activa, apuntándose a diversos talleres y actividades. Unos años antes, al poco de regresar, se unió a la Asociación de Mujeres Isabel II de Pilas, donde contribuyó durante 12 años, miembro activo de la Junta Directiva y tesorera. Allí hizo buenas amistades, dedicando su tiempo libre a recorrer pueblos y asistiendo a reuniones.



En 2004 cuando nació su nieta, su hijo le aconsejó que aprendiera a usar Internet para poder ver y comunicarse con ella. Después de algunas clases, continuó aprendiendo, como la gran autodidacta que ha sido a lo largo de toda su vida, emprendió el camino de las nuevas tecnologías, aprendiendo a usar Internet por su cuenta.

A su vez, continuó con determinación su trabajo en la Asociación, moviéndose por donde hiciera falta, buscando recursos, presentando solicitudes, todo con el fin de obtener subvenciones.

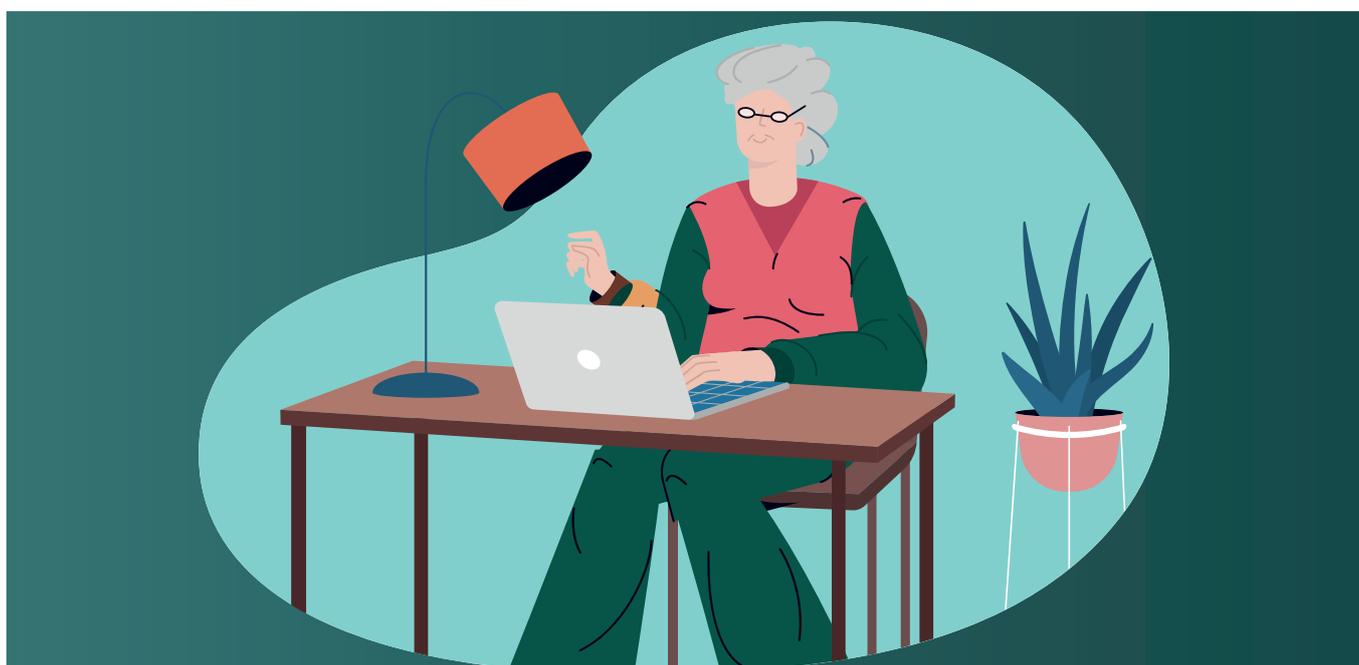
En una de sus incursiones, decidió enviarle una carta a la Duquesa de Alba expresando sus necesidades. En esas escasas líneas contaba que no habían tenido la oportunidad de ir a Sevilla, ni visitar el Palacio Dueñas. Resultado: obtuvo una autorización para visitar el palacio, y fue así como 50 mujeres accedieron a una de las residencias de Cayetana de Alba, ante el estupor del guardia de seguridad.



Antonia no se deja doblegar, mujer de recursos se ha enfrentado a todos los retos de su vida con templeza y arrojo, ha trabajado en el campo, sido cuidadora, navegado por un duelo traumático, siempre se ha levantado. Ya jubilada, le sigue encantando e ilusionando las nuevas tecnologías, su vida es un aprendizaje constante.

¿Qué objetivo tiene? **“Seguir adelante hasta que Dios quiera. No hago cuentas de la edad que tengo”**. A lo largo de su vida, las cosas unas veces han salido bien y otras no tan bien. Pero Antonia no se ha quedado atrás en nada (graba música, películas, hace vídeos de la asociación). Es una autodidáctica de la vida.

En los últimos tiempos ha tenido sus más y sus menos con el ordenador, ya que el cambio a Windows 11 ha llegado con restricciones y la obligación de pagar por usar determinados programas.



A la pregunta de si cambiaría algo de su pasado, Antonia responde con firmeza que no: **“yo no puedo cambiar las vivencias, los recuerdos de mi madre, la vida estricta, pero no me quejo. Únicamente me quejo de que mi tercera hija naciera con problemas, porque me sentía responsable, ya que yo no deseaba tener más hijos y pensaba que sus problemas eran por mi culpa”**. Como tantas otras veces, Antonia cargó con todo y dedicó muchos esfuerzos al cuidado de su pequeña.

Y se enorgullece de que, a pesar de las dificultades económicas, sus hijos hayan podido estudiar. Madre orgullosa, los ha ido guiando a lo largo de los años. Y más importante aún, Antonia también está orgullosa de sí misma. Forjada a sí misma, hoy disfruta realizando sopas de letras, jugando con el móvil y usando el ordenador.

Mujer con un sin fin de recursos, su lema se resume en **“no piensen pa’ atrás, piensen para adelante; hay que seguir adelante”**. De no tirar la toalla, Antonia sabe mucho. Una mujer enérgica y jovial, que repasa su vida con naturalidad y vitalidad. Siempre haciendo frente a todas las situaciones con tesón y valentía.